

A Ejemplos de orgullo

❖ Lucifer

- Si hablamos de orgullo, tenemos que hablar de aquel en quien nació por primera vez este sentimiento: Lucifer. Decidió no contentarse con su posición, sino que quiso ascender a un puesto más elevado. Con el tiempo quiso ser tan exaltado que deseó ocupar el trono mismo de Dios (Is. 14:12-14).
- Nosotros hemos “heredado” el deseo de hacer lo que nos plazca, poseer lo que nos apetece, y ganar posiciones que nos permitan adquirir fama o riqueza. ¡Eso es lo que el mundo nos ofrece! (1Jn. 2:16).
- Pero no toda aspiración es orgullo. La satisfacción obtenida por un hijo que prospera, o la aspiración personal, no son necesariamente orgullo malsano.
- Lo importante es que recordemos que nuestras posesiones, habilidades y logros no determinan nuestro valor. El orgullo consiste en no tributar a Dios la gloria por lo que Él hace en nuestra vida.

❖ Los discípulos de Jesús

- Habían pasado más de tres años al lado de Jesús. Él acaba de lavar sus pies, y les había hablado de Su sangre derramada por todos. Sin embargo, mientras cenaban, su conversación nada tenía que ver con todo esto: ¿quién de ellos sería el mayor? (Lc. 22:24).
- Su orgullo les hacía creer a todos que eran meritorios del primer puesto. No percibían la gravedad de sus sentimientos. Estaban alejando a Dios de su corazón a causa de su orgullo.
- Jesús fue directo al grano: “yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lc. 22:27). En otras palabras: si quieres ser grande como tu Maestro, sirve a los demás.
- Nuestro orgullo nos dirá que merecemos ser servidos por los demás (somos mejores que ellos). Necesitamos la gracia de Dios para convertirnos en servidores humildes.

B Ejemplos de humildad

❖ El publicano

- Un fariseo le decía a Dios las buenas obras que hacía, y los méritos que tenía ante el Cielo. Pero Jesús dijo que “oraba consigo mismo”, y no con Dios (Lc. 18:11-12). Un ejemplo perfecto de orgullo.
- Un publicano le pedía a Dios ayuda, pues era pecador (Lc. 18:13). Al presentarse humildemente ante Dios “descendió a su casa justificado”, porque “cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc. 18:14).
- La verdadera humildad comienza cuando reconocemos nuestro pecado, y pedimos la ayuda de Cristo. Entonces...
 - (1) No miraremos a los demás como inferiores (Flp. 2:3)
 - (2) No buscaremos el reconocimiento público (Lc. 14:7-11)
 - (3) Dejaremos que sean otros los que nos den el reconocimiento (Pr. 27:2)
 - (4) Recibiremos la gracia de Dios (Stg. 4:6)
 - (5) Impartiremos esa gracia a los demás (1P. 4:10)

❖ Moisés

- Moisés fue instruido como el próximo Faraón de Egipto. Era un gran estratega y tenía mucha capacidad intelectual (Hch. 7:22). A los 40 años, decidió dejar todo esto a un lado y unirse a su pueblo (Heb. 11:24-25).
- ¡Era el libertador! ¡Su poderoso brazo liberaría a sus hermanos! Craso error. Dios no podía usarlo mientras ostentase tanto orgullo.
- Otros 40 años en comunión con Dios en el desierto hicieron de él un hombre muy humilde (Nm. 12:3). Ahora pudo ser usado por Dios para enviar plagas; cruzar el Mar; recibir los diez mandamientos; hablar directamente con Dios; golpear la roca... Incluso, pudo aceptar humildemente el castigo por su acto de soberbia, al otorgarse los méritos de lo que hacía (Nm. 20:10-12).
- El ejemplo de Moisés nos muestra que la humildad no surge espontáneamente en nosotros, sino que debemos pedir que Dios nos imbuya de ella cada día.

❖ Jesús, el ejemplo perfecto

- Nadie en este mundo ha tenido –ni tendrá jamás– la grandeza que Jesús tenía antes de encarnarse. Pero renunció a todo por amor a nosotros. Ante tal humillación, palidece todo lo que tenemos, lo que somos, o lo que podamos llegar a ser.
- Jesús renunció al Cielo para morir por la humanidad con la esperanza de que comprendiéramos su acto de gracia y respondiéramos a su invitación a relacionarnos con él (Flp. 2:5-8). Es, sin duda, el ejemplo perfecto de humildad.
- Siguiendo Su ejemplo, “nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Flp. 2:3-4).